La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

			J				
				3			
	K			3		L	
				M			
	N						
						1	

SOLUCION

J = Rey; K = Torre; L = Caballo; M = Dama; N = Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
8	9	1	6	1	1
2	9	5	6	0	2
1	7	6	3	1	0
3	4	5	7	1	0

SOLUCION 8462

Verano/12



EN CUATRO LINEAS

Por Camilo Sánchez

Desfalco

Él intendente del pueblo, alertado por el quinto en su lista de confianza, supo que el segundo se había quedado con un vuelto. En su amplio sillón paladeó el careo: una masacre perfecta con todas las pruebas a la vista. Se quedó solo un rato después y dio algunas vueltas pero al fin tomó la decisión: le pidió parte del dinero al segundo y echó al quinto.

Final

Por fin, ha diseñado el rompecabezas de cómo se enfrentan los dos sospechosos: la novela en su cabeza acaba de resolverse. Cruza ahora la avenida porque la novedad busca una oreja amiga donde vaciarse. En el apuro no ve, por detrás del colectivo, ese auto a toda marcha

Onassis

Más bien obsecuente fue el inicio de aquella entrevista. "Cuente el secreto de todo esto...", le dijeron. El ricachón miró a la mujer delgada al lado de la piscina, los destellos incesantes de la isla y, al final del largo reguero de césped, una palmera. "¿La vio?", preguntó y el periodista dijo sí con la cabeza.

—Bueno, yo lo vi primero.

Borrachera

Llegó con los resabios de la resaca, sobre todo, debajo de los ojos. Recordaba el clima más que nada el tono, ese envión de otro mundo que lo empujó en la madrugada: claro tenía el sentimiento de haber escrito el poema de su vida. Sacó un papel, angustiado, y mostró el manuscrito ilegible. "Te juro, lo mejor que escribí y ahora no entiendo nada", dijo, mientras puteaba, lento y fatal.

Muerte

Como un gato enjaulado se mueve, sin saber qué puede hacer para calmarse. Lo del padre es ahora una certeza que acaban de anunciarle y hay un fuego punzante que, desde la garganta, lo acecha. Así sube hasta el estudio, se aferra al bandoneón y toca. Escribe un re sostenido a mano, en un pentagrama. Afuera es otoño de 1959, en Nueva York.

—Algo tiene que salir de todo esto —se dice a sí mismo Astor Piazzolla y comienza a componer "Adiós Nonino".

Vlady Kociancich ha publicado tres novelas: "La octava maravilla", "Ultimos días de William Shakespeare" y "Abisinia". 'La extranjera' forma parte del volumen de cuentos "Todos los caminos", que editará próximamente Alfaguara de Buenos Aires. El libro recibió el año pasado el premio Gonzalo Torrente Ballester en La Coruña, España.

Por Vlady Kociancich



LA EXTRANJERA

Tal vez porque el nombre era demasiado largo para meterlo entre frase y frase sin sentir que los obligaba a una suerte de zalema verbal, o porque tenía el inocente timbre peyorativo de algunos nombres de mujer, víctimas de novelas de cuarta y atroces películas de Hollywood, habían intentado darle otro cuando hablaban de ella. Pero ninguno de los dos (al menos durante la semana que los arrastró como a nadadores expertos una corriente traicionera) advirtió el esfuerzo de llamarla adecuadamente hasta que Isabel, en el café donde solían reunirse casi todas las noches por necesidad, costumbre o tedio, ahogándose en un nuevo acceso de tos, sacó del bolso una torpe reproducción de la Sirenita de Sitges y la puso sobre la mesa.

—Recuerdo de la Extranjera —dijo, cuando la tos lo permitió.

Tocar el nombre que la calificaba fue un alivio tan absurdo como el regalo de una mala cerámica hecha para turistas, a Isabel, que llevaba diez años de exilio en Barcelona y había perdido la cuenta y el placer de sus viajes a Sitges, mar, pueblo y sirena al alcance de la mano, una hora de tren cuando mucho. Cazadores ciegos, Isabel y Mauricio habían golpeado la maleza, cada uno a su modo, sin comunicarse la persecución ni el fracaso, hasta que el nombre salió y lo dejaron correr, libre e inofensivo, entre las mesas de un café de las Ramblas.

La única celebración que la victoria merecía era una sonrisa y ambos sonrieron. La Extranjera. Con mayúscula, entre comillas, en cursiva, en negrita, pensó Isabel, un nombre. Qué cansados estamos, ni gracia tiene.

—Tenés que cuidarte esa tos —dijo Mauricio, mientras abría la puerta del taxi para que ella subiera.

Isabel volvió la cabeza. Ahí estaba Mauricio en la vereda, mirando el taxi que se alejaba, las manos en los bolsillos, la bufanda alrededor del cuello, encogido en el viento de marzo. Como en viejas fotografías halladas por azar en el hueco de un mueble o entre los libros del estante más alto de la biblioteca, vio a Mauricio retratado en una mustia intimidad de puertas que le abría, sillas que le apartaba, cuentas de café que no le dejaba pagar, cuadras de más para acompañarla a su casa. Diez años.

No debía pero encendió un cigarrillo y empezó a fumarlo con rabia para que el tabaco y el inevitable golpe de tos borraran esos gestos fósiles que algo había desenterrado. Lo consiguió. Mauricio se reconstruía velozmente del otro lado de la ventanilla, bajo los focos blancos de hoy, marzo una vez más en Barcelona, Mauricio alegre, enérgico, próspero en la mediana ambición de un empleo en *La Vanguardia*, una esposa catalana que lo adoraba con una pizca de azoramiento inexpresado por las callejas laterales donde no andaba ella sino Isabel (la amiga eterna, la escritora y colega), o Enrique (otro argentino) o el familiar de viaje y ¿por qué no? también las cartas, las voces en el teléfono a través del océano, desde y hacia la orilla de un río día a día más ancho, más turbio, más remoto.

Pagó al chofer, bajó, buscó las llaves en el bolso, tosiendo. Juan estaría ya en casa, pero él no le diría que se cuidara esa tos, demasiado joven, por lo tanto inmortal, y bien sabían desde el primer momento en que compartieron cama y techo que era Isabel la fuerte.

No encontraba las llaves y la impaciencia abrió camino a una memoria indigna. *Vivo con un chico que tiene veinte años menos que yo*, le había dicho, enojada vaya a saber por qué, si el diálogo sobre buenas y malas traducciones no conducía razonablemente a una declaración como esa. Por la cara de la Extranjera había volado una sombra, un pájaro de aturdimiento que le recordó a la mujer de Mauricio, un pájaro tan chico, frágil y estúpido que la avergonzó, le hizo preguntarse por qué apuntar al pájaro y por qué (tenía las llaves en la mano e iba a abrir la puerta) le había contado luego la historia del balcón.

No se quitó el tapado. Tiró el bolso en una silla y encendió una lámpara más. De pie, algo trémula por unas líneas de fiebre, en el centro de aquella habitación que oprimía la carne de vida cotidiana como el corsé las opulencias de una vieja señora, lo llamó.

—¿Juan?

De gusto. No estaba ni debía estar antes de las once y eran las nueve. Con un suspiro de cansancio se sentó, vestida como para dar otra vuelta en la noche, frente al tablero de ajedrez. Blancas, negras, ¿cuáles habían sido sus piezas en la última partida? Se agachó para recoger un alfil del suelo. Desorden en el único orden que ella imponía a la casa.

—No es realmente mi casa —le había dicho—. Fijate que alquilo el piso con los muebles.

La necesidad de disculparse por no invitarla a tomar un café y mostrarle los juegos que sí eran suyos (tableros y figuras, letras y números, itinerarios amigos de la razón) la sorprendió ahora, aunque la mirada que entonces cruzaron con Mauricio ya concedía. Recordó la humildad de esa excusa como un inoportuno giro idiomático, una zancadilla de la lengua que uno cree hablar fluidamente, agresiva por el desuso. *La Extranjera*, sonrió Isabel a solas, bostezando. Qué vida, che.

Sin levantarse de la silla, en la protección de la lámpara y del tablero de ajedrez, giró un poco el cuerpo hacia el balcón y lo miró como lo habrían mirado los ojos de la otra mientras ella narraba. Un grabado mágico y sombrío al modo de Doré, que Isabel eligió, entre tantos énfasis posibles, para ilustrar el cuento.

Una mañana (pocos días antes de la llegada de la Extranjera a Barcelona), había salido a tender ropa en el balcón.

—La puerta del balcón abre y cierra de adentro. Por los ladrones, imaginate vos —aclaró y la otra asintió cortésmente, antes de oír que el piso estaba en la sexta planta.

—En el sexto *piso* —se corrigió Isabel y de rabia nomás por esa agachada lingüística, prendió un cigarrillo con el filtro del que estaba fumando—. Mirá los años que salgo sin dejarme la llave, pero ese día no. Mi amigo estaba adentro. Bañándose, vistiéndose, no sé. Igual fue una imprudencia. Salgo medio dormida, cargo el balde y la bolsita con los broches, cierro la puerta con el pie, el frío era terrible y no quería que se me metiera en la casa. Me apuro a colgar esa ropa mojada que me lastima las manos y en eso, porque sí, me doy vuelta y lo veo a mi amigo que me saluda. Se iba a trabajar. Lo veo yéndose del otro lado del vidrio y ¿no voy yo y lo saludo?

Menos de un segundo, un ruido seco (el clac de la puerta de calle), la mano de Isabel en el aire, el chau gutural arrastrado por un viento de hielo, y ya tenía encima toda la rabia, toda la impotencia, toda la desdicha de su ridículo martirologio en el balcón.

La primera reacción, instintiva y grotesca, había sido la común al sueño: el horror de la desnudez. No estaba desnuda, pero se vio exhibida a los ojos del mundo en el escaparate de un sexto piso, con un piyamá gris y una enorme tricota deformada, también gris y destejiéndose en el cuello, momia de un pulóver juvenil de Buenos Aires que ahora sólo abrigaba el paso de la cama al día en diez inviernos extranjeros.

—Justo yo y en esa situación, preocuparme por el aspecto que tenía —Isabel mostró la dramática anchura de su sonrisa y la otra también sonrió, imperturbable ante el desdén por esos tics de coquetería femenina que la Extranjera, caramba, publicaba en edición de lujo.

Pero los ojos del mundo —descubriría muy pronto Isabel— estaban bien cerrados. Nadie abrió una ventana ni se asomó en la primera hora u hora y media (un cálculo que hizo después, sin valor alguno, porque dentro del balcón había un tiempo y fuera del balcón había otro), nadie contestó a su llamado.

—De todos modos... —la tos la interrumpió, Mauricio le quitó el cigarrillo con enojo—... hay palabras imposibles. *Socorro*, por ejemplo. ¿Quién se anima a gritar *socorro*? Decime la verdad, vos alguna vez...

Y entonces, como lo harían secretamente en todos esos días de pasearla, de hablar y de escucharla, Mauricio e Isabel se miraron buscándose. Claro que no. Si ellos no habían gritado, a qué esperar el grito de esa garganta tersa y saludable. Luz mala, el fantasma del llano. Sólo duró un instante, la digresión los unía otra vez alrededor del fuego, cazadores de un mismo zafari. *Socorro* es imposible, acordaron, una palabra con rubores de niña. ¿Y *auxilio*? La equis frena el grito como un pasador que cae entre los dientes. *¿Ayuda?* Le falta una preposición, es un gato sin cola.

—¡A mí los de la casa! —gritó Mauricio con exagerado acento español y unas mujeres de la mesa vecina giraron la cabeza, ceñudas, mientras los tres reían.

—Me parece —dijo la Extranjera con esa voz suave de señora, entre pedante y modosita— que la palabra para el grito tendría que ser onomatopéyica. Como *help*. Los ingleses están salvados. Una sílaba, un aullido. En castellano nadie pide socorro. Por orgullo, un páramo en la lengua. O una cadena de vocales y de consonantes. Como si a uno le sobrara el aire para ir largándolas sentenciosamente. Cuando completaste tu línea sos cadáver.

—A otros latinos no les va mejor —Isabel entornó los ojos, se llevó una mano a la garganta y con erres gangosas canturreó: —*Au secours! Au secours!*

Se rieron tentados, como chicos. Un minuto después, atizada por el oxígeno de frases, citas, nombres, obras donde escarbaron en busca de la palabra que fuera un grito sin sonrojo, la conversación crepitaba en el café de Barcelona. Y ahí (recordaba ahora Isabel, dolida y con alivio), en el fuego que cada uno alimentó con la madera de su propia experiencia, con la respuesta individual a una misma y eterna pregunta de escritores, la luz de muerto que acompañaba el paso de la Extranjera por otro territorio se extinguía y era una hermana más de la loca, dispersa familia de la literatura, hermana recién llegada al mundo de Isabel y Mauricio pero unida desde siempre a los dos por el indestructible lazo de sangre. Y había escrito un libro que ellos admiraban.

En la ternura de la amistad no hay prejuicio y tiernamente, aunque perplejos e irritados, la observaron. Inteligente y culta. Y por Dios, edénicamente, insoportablemente provinciana. Las Provincias Unidas del Sud, porque de los últimos diez años de horror en la Argentina ni una marca en el mapa. *Extraterritorial*, decidieron, generosamente, agobiados. Pero había

Vlady Kociancich ha publicado tres novelas: "La octava maravilla", "Ultimos días de William Shakespeare" y "Abisinia". 'La extranjera' forma parte del volumen de cuentos "Todos los caminos", que editará próximamente Alfaguara de Buenos Aires. El libro recibió el año pasado el premio Gonzalo Torrente Ballester en La Coruña, España.

Por Vlady Kociancich



LA EXTRANJERA

Tal vez porque el nombre era demasiado largo para meterlo entre frase y frase sin sentir que los obligaba a una suerte de zalema verbal, o porque tenía el inocente timbre peyorativo de algunos nombres de mujer, víctimas de novelas de cuarta y atroces películas de Hollywood, habían intentado darle otro cuando hablaban de ella. Pero ninguno de los dos (al menos durante la semana que los arrastró como a nadadores expertos una corriente traicionera) advirtió el esfuerzo de llamarla adecuadamente hasta que Isabel, en el café donde solían reunirse casi todas las noches por necesidad, costumbre o tedio, ahogándose en un nuevo acceso de tos, sacó del bolso una torpe reproducción de la Sirenita de Sitges y la puso sobre la mesa.

—Recuerdo de la Extranjera —dijo, cuando la tos lo permitió.

Tocar el nombre que la calificaba fue un alivio tan absurdo como el regalo de una mala cerámica hecha para turistas, a Isabel, que llevaba diez años de exilio en Barcelona y había perdido la cuenta y el placer de sus viajes a Sitges, mar, pueblo y sirena al alcance de la mano, una hora de tren cuando mucho. Cazadores ciegos, Isabel y Mauricio habían golpeado la maleza, cada uno a su modo, sin comunicarse la persecución ni el fracaso, hasta que el nombre salió y lo dejaron correr, libre e inofensivo, entre las mesas de un café de las Ramblas.

La única celebración que la victoria merecía era una sonrisa y ambos sonrieron. La Extranjera. Con mayúscula, entre comillas, en cursiva, en negrita, pensó Isabel, un nombre. Qué cansados estamos, ni gracia tiene.

—Tenés que cuidarte esa tos —dijo Mauricio, mientras abría la puerta del taxi para que ella subiera.

Isabel volvió la cabeza. Ahí estaba Mauricio en la vereda, mirando el taxi que se alejaba, las manos en los bolsillos, la bufanda alrededor del cuello, encogido en el viento de marzo. Como en viejas fotografías halladas por azar en el hueco de un mueble o entre los libros del estante más alto de la biblioteca, vio a Mauricio retratado en una mustia intimidad de puertas que le abría, sillas que le apartaba, cuentas de café que no le dejaba pagar, cuadras de más para acompañarla a su casa. Diez años.

No debía pero encendió un cigarrillo y empezó a fumarlo con rabia para que el tabaco y el inevitable golpe de tos borraran esos gestos fósiles que algo había desenterrado. Lo consiguió. Mauricio se reconstruía velozmente del otro lado de la ventanilla, bajo los focos blancos de hoy, marzo una vez más en Barcelona, Mauricio alegre, enérgico, próspero en la mediana ambición de un empleo en *La Vanguardia*, una esposa catalana que lo adoraba con una pizca de azoramiento inexpresado por las callejas laterales donde no andaba ella sino Isabel (la amiga eterna, la escritora y colega), o Enrique (otro argentino) o el familiar de viaje y ¿por qué no? también las cartas, las voces en el teléfono a través del océano, desde y hacia la orilla de un río día a día más ancho, más turbio, más remoto.

Pagó al chofer, bajó, buscó las llaves en el bolso, tosiendo. Juan estaría ya en casa, pero él no le diría que se cuidara esa tos, demasiado joven, por lo tanto inmortal, y bien sabían desde el primer momento en que compartieron cama y techo que era Isabel la fuerte.

No encontraba las llaves y la impaciencia abrió camino a una memoria indigna. *Vivo con un chico que tiene veinte años menos que yo*, le había dicho, enojada vaya a saber por qué, si el diálogo sobre buenas y malas traducciones no conducía razonablemente a una declaración como esa. Por la cara de la Extranjera había volado una sombra, un pájaro de aturdimiento que le recordó a la mujer de Mauricio, un pájaro tan chico, frágil y estúpido que la avergonzó, le hizo preguntarse por qué apuntar al pájaro y por qué (tenía las llaves en la mano e iba a abrir la puerta) le había contado luego la historia del balcón.

No se quitó el tapado. Tiró el bolso en una silla y encendió una lámpara más. De pie, algo trémula por unas líneas de fiebre, en el centro de aquella habitación que oprimía la carne de vida cotidiana como el corsé las opulencias de una vieja señora, lo llamó.

—¿Juan?

De gusto. No estaba ni debía estar antes de las once y eran las nueve. Con un suspiro de cansancio se sentó, vestida como para dar otra vuelta en la noche, frente al tablero de ajedrez. Blancas, negras, ¿cuáles habían sido sus piezas en la última partida? Se agachó para recoger un alfil del suelo. Desorden en el único orden que ella imponía a la casa.

—No es realmente mi casa —le había dicho—. Fijate que alquilo el piso con los muebles.

La necesidad de disculparse por no invitarla a tomar un café y mostrarle los juegos que sí eran suyos (tableros y figuras, letras y números, itinerarios amigos de la razón) la sorprendió ahora, aunque la mirada que entonces cruzaron con Mauricio ya concedía. Recordó la humildad de esa excusa como un inoportuno giro idiomático, una zancadilla de la lengua que uno cree hablar fluidamente, agresiva por el desuso. *La Extranjera*, sonrió Isabel a solas, bostezando. Qué vida, che.

Sin levantarse de la silla, en la protección de la lámpara y del tablero de ajedrez, giró un poco el cuerpo hacia el balcón y lo miró como lo habrían mirado los ojos de la otra mientras ella narraba. Un grabado mágico y sombrío al modo de Doré, que Isabel eligió, entre tantos énfasis posibles, para ilustrar el cuento.

Una mañana (pocos días antes de la llegada de la Extranjera a Barcelona), había salido a tender ropa en el balcón.

—La puerta del balcón abre y cierra de adentro. Por los ladrones, imaginate vos —aclaró y la otra asintió cortésmente, antes de oír que el piso estaba en la sexta planta.

—En el sexto *piso* —se corrigió Isabel y de rabia nomás por esa agachada lingüística, prendió un cigarrillo con el filtro del que estaba fumando—. Mirá los años que salgo sin dejarme la llave, pero ese día no. Mi amigo estaba adentro. Bañándose, vistiéndose, no sé. Igual fue una imprudencia. Salgo medio dormida, cargo el balde y la bolsita con los broches, cierro la puerta con el pie, el frío era terrible y no quería que se me metiera en la casa. Me apuro a colgar esa ropa mojada que me lastima las manos y en eso, porque sí, me doy vuelta y lo veo a mi amigo que me saluda. Se iba a trabajar. Lo veo yéndose del otro lado del vidrio y ¿no voy yo y lo saludo?

Menos de un segundo, un ruido seco (el clac de la puerta de calle), la mano de Isabel en el aire, el chau gutural arrastrado por un viento de hielo, y ya tenía encima toda la rabia, toda la impotencia, toda la desdicha de su ridículo martirologio en el balcón.

La primera reacción, instintiva y grotesca, había sido la común al sueño: el horror de la desnudez. No estaba desnuda, pero se vio exhibida a los ojos del mundo en el escaparate de un sexto piso, con un piyamá gris y una enorme tricota deformada, también gris y destejiéndose en el cuello, momia de un pulóver juvenil de Buenos Aires que ahora sólo abrigaba el paso de la cama al día en diez inviernos extranjeros.

—Justo yo y en esa situación, preocuparme por el aspecto que tenía —Isabel mostró la dramática anchura de su sonrisa y la otra también sonrió, imperturbable ante el desdén por esos tics de coquetería femenina que la Extranjera, caramba, publicaba en edición de lujo.

Pero los ojos del mundo —descubriría muy pronto Isabel— estaban bien cerrados. Nadie abrió una ventana ni se asomó en la primera hora u hora y media (un cálculo que hizo después, sin valor alguno, porque dentro del balcón había un tiempo y fuera del balcón había otro), nadie contestó a su llamado.

—De todos modos... —la tos la interrumpió, Mauricio le quitó el cigarrillo con enojo—... hay palabras imposibles. *Socorro*, por ejemplo. ¿Quién se anima a gritar *socorro*? Decime la verdad, vos alguna vez...

Y entonces, como lo harían secretamente en todos esos días de pasearla, de hablar y de escucharla, Mauricio e Isabel se miraron buscándose. Claro que no. Si ellos no habían gritado, a qué esperar el grito de esa garganta tersa y saludable. Luz mala, el fantasma del llano. Sólo duró un instante, la digresión los unía otra vez alrededor del fuego, cazadores de un mismo zafari. *Socorro* es imposible, acordaron, una palabra con rubores de niña. ¿Y *auxilio*? La equis frena el grito como un pasador que cae entre los dientes. *¿Ayuda?* Le falta una preposición, es un gato sin cola.

—¡A mí los de la casa! —gritó Mauricio con exagerado acento español y unas mujeres de la mesa vecina giraron la cabeza, ceñudas, mientras los tres reían.

—Me parece —dijo la Extranjera con esa voz suave de señora, entre pedante y modosita— que la palabra para el grito tendría que ser onomatopéyica. Como *help*. Los ingleses están salvados. Una sílaba, un aullido. En castellano nadie pide socorro. Por orgullo, un páramo en la lengua. O una cadena de vocales y de consonantes. Como si a uno le sobrara el aire para ir largándolas sentenciosamente. Cuando completaste tu línea sos cadáver.

—A otros latinos no les va mejor —Isabel entornó los ojos, se llevó una mano a la garganta y con erres gangosas canturreó: —*Au secours! Au secours!*

Se rieron tentados, como chicos. Un minuto después, atizada por el oxígeno de frases, citas, nombres, obras donde escarbaron en busca de la palabra que fuera un grito sin sonrojo, la conversación crepitaba en el café de Barcelona. Y ahí (recordaba ahora Isabel, dolida y con alivio), en el fuego que cada uno alimentó con la madera de su propia experiencia, con la respuesta individual a una misma y eterna pregunta de escritores, la luz de muerto que acompañaba el paso de la Extranjera por otro territorio se extinguía y era una hermana más de la loca, dispersa familia de la literatura, hermana recién llegada al mundo de Isabel y Mauricio pero unida desde siempre a los dos por el indestructible lazo de sangre. Y había escrito un libro que ellos admiraban.

En la ternura de la amistad no hay prejuicio y tiernamente, aunque perplejos e irritados, la observaron. Inteligente y culta. Y por Dios, edénicamente, insoportablemente provinciana. Las Provincias Unidas del Sud, porque de los últimos diez años de horror en la Argentina ni una marca en el mapa. *Extraterritorial*, decidieron, generosamente, agobiados. Pero había un truco. Isabel ya sabía (lo descubrieron en el primer encuentro con ella) que unos segundos más, extrovertida e implacable, cuento a cuento, memoria a memoria, broma a broma, los sacaría del tema del balcón, de la pesadilla y del grito y que se dejarían llevar, con una amarga sensación de estafa, a la ronda de libros donde ebrios, felices, inocentes, girarían los tres. Era en esos momentos cuando Mauricio e Isabel, secretamente replegados, buscaban el nombre que llenara el hueco, la palabra que ocupara el silencio.

—Entonces, ¿qué gritaste? —preguntó inesperadamente la Extranjera.

Isabel la miró con asombro. Otra vuelta de tuerca. No había gritado nada, por supuesto.

—Dijiste que nadie contestó.

Los ojos de la Extranjera tenían la misma transparencia, sólida e infranqueable, del vidrio del balcón.

—Pero Isabel —Mauricio se pasaba de bando—, dijiste que llamabas y nadie contestó.

Acosada por ambos, trató de recordar. Tal vez había *pensado* el grito.

—La verdad, no grité. Creo que por pudor. Por nuestro estúpido miedo al ridículo.

¿Nuestro? Ahora, a las diez de la noche, ante el tablero de ajedrez, un alfil en la palma de la mano, admitió la vulgaridad de esa excusa. Apelaba —torpe instinto obsoleto— al lustre aporteñado del terror, la misma desidia y la nostalgia gris que guardaba en un viejo pulóver de Buenos Aires. Sí, el argentino del estereotipo, con su facha de inglés, disfrazado de guapo. No, no fue miedo al ridículo, no fue miedo de pasar vergüenza.

—Para llamar, hermana, hay que tener un nombre —le dijo ahora estremeciéndose.

Porque cuando diez años atrás, en Buenos Aires, la puerta se cerró tras ella y cortó el paso al grito que podía gritar, el mundo era un desierto de balcones anónimos. Humanamente se defendió del pánico con las únicas armas que tenía. La primera, el rechazo. *No, no estoy aquí, estoy en mi cama y soñando.* Pero estaba, temblando en el hielo de invierno y el cuerpo se lo repitió hasta convencerla. La segunda salida, el absurdo. *Es una broma, un chiste idiota.* Trató de reír y apenas logró una sonrisa descarnada y hueca, colgando en el vacío, muerta al nacer porque el humor exige la presencia de otros y ella estaba sola. La ira llegó a su turno y naturalmente. *¿Por qué yo? ¿Quién me persigue?* La respuesta fue que debía apurarse y no hacer más preguntas. Esa misma noche el exilio, una valija con lo indispensable. No habría despedidas, el barco esperaba en el puerto. Rebelde, Isabel se negaba a partir. *No es verdad, no es verdad, estoy en mi cama y soñando, ésta es mi casa, éstos son mis libros, ésta es mi gente, él dijo chau, se fue a trabajar como todos los días, no ha muerto, sólo olvidé sacar la llave, me di vuelta, lo vi saludarme, desapareció, volverá, tiene que abrir la puerta, entregarme la llave.*

Para llamar hay que tener un nombre y diez años atrás Buenos Aires era un desierto anónimo. Lo cruzó tan callada y a oscuras como la ciudad que dormía, y las palabras necesarias las dijo en un susurro. El grito de Isabel estaba guardado en la valija. Eran resmas de papel muy fino, azul y amarillo. "¿Te creés que no hay papel en Barcelona?", le reprocharon cariñosamente. "Igual. Igual lo llevo".

El timbre la sobresaltó. No era la puerta, era el teléfono. Lo dejó sonar un buen rato, mientras se tocaba la frente y descubría que sudaba. Hace calor, pensó, y apartó de la cara unos mechones empapados. Sin quitarse el abrigo, fue resignadamente hasta el teléfono. Era Mauricio.

—¿Por qué no atendías? Me asustaste. Con esa tos, no se te ocurrirá salir.

—No, claro.

—Y mañana tampoco. Oíme, la llevo yo al aeropuerto. Vos te metés en cama.

—Mauricio —sintió la ronquera hiriéndole la voz.

—Sí.

—Decime la verdad. ¿No estás un poco harto?

Hubo un silencio. Luego, una risa afable y perturbada. Se comprendían muy bien. Pero Mauricio respondió, evadiéndola.

—Se va mañana. Descanso para la compañía. Qué semana, caramba. Y ella perfecta, un físico de hierro, che. Serán los aires de la pampa.

Isabel alzó una mano para acallarlo, un gesto absurdo.

—No por ahí, Mauricio, no por ahí. De ese humor también estamos hartos.

No es contra ella, se defendió Mauricio, la queremos, acordate del libro, Isabel. Me acuerdo, dijo Isabel, me acuerdo, mientras colgaba el tubo, iba a la cocina, eran las once, ponía agua a calentar, tendría tiempo de tomarse un té. Pero temblaba de calor y de frío.



Tal vez la fiebre le enturbiaba la vista porque no encontró la novela de la Extranjera en el estante donde la había puesto. Buscó inútilmente hasta que un acceso de náuseas la obligó a sentarse. En el tablero de ajedrez vio la tosca sirenita de Sitges. El libro, en cambio, se había perdido entre sus propios libros.

Se preguntó (la pava silbaba en la cocina) si el libro sería tan bueno como lo juzgaron entonces: en la revelación de un escritor hay una veta de asombro que confunde, oro enchapado entre pepitas. Las circunstancias favorecieron el placer del hallazgo ya que públicamente la autora no existía. Nada por aquí, nada por allá. Un nombre imposible, una contratapa sin datos, salvo dos, muy escuetos: argentina y vivía en Buenos Aires. El libro era real.

Exaltados por la pasión que confiere un descubrimiento, lo elogiaron, lo recomendaron, y una carta de Mauricio a Buenos Aires (la editorial les dio una dirección) tuvo respuesta:

"Me gustaría tanto conocerlos, pero viajar es imposible."

Tres meses después, la Extranjera llegaba a Barcelona. Isabel miró la sirenita de Sitges, miró a siete días atrás, y tuvo que reírse y toser (eran las once y media ya, Juan no llegaba, para qué si había otra noche, otros juegos más allá del vidrio del balcón, del tablero de ajedrez, del silbido histérico de la pava) hasta que le saltaron las lágrimas. Inevitablemente, con imperdonable candor, la habían imaginado por el libro.

Recordó la escena de muda comicidad en el vestíbulo del hotel cuando se presentaron los exploradores y su hallazgo. De la lectura de aquel texto, Mauricio e Isabel creían haber recogido una enigmática, pulida estatuilla de las Cícladas. Pero la verdadera autora tenía la forma de una grosera cerámica de Sitges. Baja, redondita, tostada (era verano en la Argentina) puro color de actividad al aire libre y con esa ropa de señora, labios pintados decorosamente, una voz aguda, unos ojos que se comían todo (Mauricio y yo, pensó Isabel entonces, alimento de su curiosidad bastarda) y una avidez de turista flamante que se saca a pasear. Estuvieron a punto de abandonarla ahí mismo.

En dos minutos sabían todo de ella. Temblando adivinaron las fotos de familia (y por supuesto las mostró), un álbum de fruslería doméstica que trajo del infierno y abrió sobre el primer café. Marido, hijos, padres, tías, no faltaba ni el gato. Del libro, ay, sólo dijo que estaba escribiendo otro. No conocía a nadie que ellos conocieran. A nadie en Barcelona, a nadie en Buenos Aires. Nadie la conocía tampoco, subrayó, con misteriosa suficiencia. Pero agradeció amablemente que ellos la conocieran.

Le encantó el Barrio Gótico y caminaba boquiabierta, devorando calles, fachadas, monumentos. Al cabo de un paseo agotador, se enteraron, furiosos, atónitos, de que era la cuarta o quinta vez que visitaba Barcelona, Barrio Gótico incluido. Sacó fotos, compró *souvenirs*, cositas para los chicos y el marido del álbum. Isabel y Mauricio no sucumbieron a la desilusión porque no eran ilusos, pero vadearon el día agarrándose al libro como náufragos. El segundo tuvo algo de playa o de puerto: el idioma común, libros leídos a los dos lados del océano (diez años de orillas enfrentadas), por fin del diálogo de voces humanas sobre la condición humana, alta sobre un murmullo de traiciones confusas. Sólo de tanto en tanto, una luz fantasmal, un relámpago ceniciento y mudo, cruzaba la patria compartida.

¡Diez años! murmuró Isabel, encogida frente al tablero de ajedrez donde la sirenita catalana reemplazaba un alfil, y yo le cuento la historia del balcón, a ella, esa extranjera con su álbum de familia y su ceguera de diez años, a esa garganta que no sabe de gritos trato de describirle un grito, y ella va y me pregunta *¿Qué gritaste?* Yo debí preguntarle: *¿Qué gritaste vos que estabas ahí, vos y tus diez años del otro lado del balcón, vos y tu aire de salud y de contento, vos y ese hambre de vida que traés de la muerte, vos y tu familia monstruosamente intacta?*

—Extranjera. Te merecés el nombre —dijo Isabel poniéndose de pie, tosiendo ahora convulsivamente.

Levantó el tubo del teléfono. Eran las doce. Imaginó a la esposa catalana diciendo con voz adormecida: "Mauricio, es Isabel". Y colgó. Por Dios. No tenía derecho. No. No se dejaría corromper por el veneno infame de diez años de exilio. No ella. No Isabel. Estaba el libro de por medio y había otras lealtades. Entonces, con violencia, arrojó la cerámica al piso y devolvió al tablero su alfil.

—Harta —dijo a la pieza vacía y profusamente amueblada—. Estoy harta.

¿Harta de qué? se preguntó, mientras tosía apenas, extenuada por una fatiga que le cortaba el aire, que demoraba su paso hacia el balcón. Apoyó la frente contra el vidrio y la helada dureza en la piel ardiendo la despejó. Abrió los ojos (no recordaba haberlos cerrado) y la vio entonces, por primera vez. *La Extranjera.*

La vio tan clara, reclinada sobre el parapeto del balcón, de espaldas a Isabel, sola como ella y esperando, sola en busca de un grito, que estuvo a punto de extender la mano para tocarla a través del cristal. No llamaría a Mauricio, no había necesidad de contarle, tampoco de explicar lo que ocurría. A esta altura, Mauricio ya sabía, él también se asomaba a un foso de diez años.

—Diez años —susurró Isabel— diez años son la vida entera cuando se pasa en un balcón.

—Diez años —asintió la Extranjera— te convierten en otra, te dan esa voracidad por las minucias cotidianas, ese hambre de mostrar los cuerpos de tus seres queridos, esa falsa inocencia por angustia de la inocencia irremediablemente perdida, ese aire grotesco y provinciano.

—O te dan —le replicó Israel mirándola a través de la bruma de lágrimas— una falta de aire, unas ganas de salir como sea, a tender la ropa digamos, en pleno marzo y más de medianoche.

La pava siseaba moribunda cuando Isabel empujó la puerta y el viento la golpeó.

—Hermana —dijo al silencio de Barcelona que dormía, al páramo de balcones anónimos.

El clac de la puerta cerrándose tras ella la alcanzó desde lejos, atenuado por la distancia que debió recorrer, la inmensa llanura de cansancio donde se había extraviado una mujer con el abrigo puesto, sudorosa, tosiendo y asombrada de encontrarse ahí, ya sentada en el duro piso de baldosas, prendiendo un cigarrillo, contando años en la oscuridad, esperando, terca, obstinada y extranjera como la cerámica de una sirena en Sitges, que alguien la devolviera al mar, que alguien le trajera la llave.

Naturalmente, no gritó.

n truco. Isabel ya sabía (lo descubrieron en l primer encuentro con ella) que unos segun- os más, extrovertida e implacable, cuento a uento, memoria a memoria, broma a bro- na, los sacaría del tema del balcón, de la pe- adilla y del grito y que se dejarían llevar, on una amarga sensación de estafa, a la ron- a de libros donde ebrios, felices, inocentes, irarían los tres. Era en esos momentos cuan- lo Mauricio e Isabel, secretamente replega- los, buscaban el nombre que llenara el hue- o, la palabra que ocupara el silencio.

—Entonces, ¿qué gritaste? —preguntó nesperadamente la Extranjera.

Isabel la miró con asombro. Otra vuelta le tuerca. No había gritado nada, por su- uesto.

—Dijiste que nadie contestó.

Los ojos de la Extranjera tenían la misma ransparencia, sólida e infranqueable, del vi- drio del balcón.

—Pero Isabel —Mauricio se pasaba de pando—, dijiste que llamabas y nadie con- estó.

Acosada por ambos, trató de recordar. Tal vez había *pensado* el grito.

—La verdad, no grité. Creo que por pu- dor. Por nuestro estúpido miedo al ridículo.

¿Nuestro? Ahora, a las diez de la noche, ante el tablero de ajedrez, un alfil en la pal- ma de la mano, admitió la vulgaridad de esa excusa. Apelaba —torpe instinto obsoleto— al lustre aporteñado del terror, la misma de- sidia y la nostalgia gris que guardaba en un viejo pulóver de Buenos Aires. Sí, el argen- tino del estereotipo, con su facha de inglés, disfrazado de guapo. No, no fue miedo al ridículo, no fue miedo de pasar vergüenza.

—Para llamar, hermana, hay que tener un nombre —le dijo ahora estremeciéndose.

Porque cuando diez años atrás, en Bue- nos Aires, la puerta se cerró tras ella y cortó el paso al grito que podía gritar, el mundo era un desierto de balcones anónimos. Hu- manamente se defendió del pánico con las únicas armas que tenía. La primera, el re- chazo. *No, no estoy aquí, estoy en mi cama y soñando.* Pero estaba, temblando en el hie- lo de invierno y el cuerpo se lo repitió hasta convencerla. La segunda salida, el absurdo. *Es una broma, un chiste idiota.* Trató de reír y apenas logró una sonrisa descarnada y hue- ca, colgando en el vacío, muerta al nacer por- que el humor exige la presencia de otros y ella estaba sola. La ira llegó a su turno y na- turalmente. *¿Por qué yo? ¿Quién me persi- gue?* La respuesta fue que debía apurarse y no hacer más preguntas. Esa misma noche el exilio, una valija con lo indispensable. No habría despedidas, el barco esperaba en el puerto. Rebelde, Isabel se negaba a partir. *No es verdad, no es verdad, estoy en mi ca- ma y soñando, ésta es mi casa, éstos son mis libros, ésta es mi gente, él dijo chau, se fue a trabajar como todos los días, no ha muer- to, sólo olvidé sacar la llave, me di vuelta, lo vi saludarme, desapareció, volverá, tiene que abrir la puerta, entregarme la llave.*

Para llamar hay que tener un nombre y diez años atrás Buenos Aires era un desierto anónimo. Lo cruzó tan callada y a oscuras como la ciudad que dormía, y las palabras necesarias las dijo en un susurro. El grito de Isabel estaba guardado en la valija. Eran res- mas de papel muy fino, azul y amarillo. "¿Te creés que no hay papel en Barcelona?", le reprocharon cariñosamente. "Igual. Igual lo llevo".

El timbre la sobresaltó. No era la puerta, era el teléfono. Lo dejó sonar un buen rato, mientras se tocaba la frente y descubría que sudaba. Hace calor, pensó, y apartó de la ca- ra unos mechones empapados. Sin quitarse el abrigo, fue resignadamente hasta el telé- fono. Era Mauricio.

—¿Por qué no atendías? Me asustaste. Con esa tos, no se te ocurrirá salir.

—No, claro.

—Y mañana tampoco. Oíme, la llevo yo al aeropuerto. Vos te metés en cama.

—Mauricio —sintió la ronquera hiriéndole la voz.

—Sí.

—Decime la verdad. ¿No estás un poco harto?

Hubo un silencio. Luego, una risa afable y perturbada. Se comprendían muy bien. Pe- ro Mauricio respondió, evadiéndola.

—Se va mañana. Descanso para la com- pañía. Qué semana, caramba. Y ella perfec- ta, un físico de hierro, che. Serán los aires de la pampa.

Isabel alzó una mano para acallarlo, un gesto absurdo.

—No por ahí, Mauricio, no por ahí. De ese humor también estamos hartos.

No es contra ella, se defendió Mauricio, la queremos, acordate del libro, Isabel. Me acuerdo, dijo Isabel, me acuerdo, mientras colgaba el tubo, iba a la cocina, eran las on- ce, ponía agua a calentar, tendría tiempo de tomarse un té. Pero temblaba de calor y de frío.

Tal vez la fiebre le enturbiaba la vista por- que no encontró la novela de la Extranjera en el estante donde la había puesto. Buscó inútilmente hasta que un acceso de náuseas la obligó a sentarse. En el tablero de ajedrez vio la tosca sirenita de Sitges. El libro, en cambio, se había perdido entre sus propios libros.

Se preguntó (la pava silbaba en la cocina) si el libro sería tan bueno como lo juzgaron entonces: en la revelación de un escritor hay una veta de asombro que confunde, oro en- chapado entre pepitas. Las circunstancias fa- vorecieron el placer del hallazgo ya que pú- blicamente la autora no existía. Nada por aquí, nada por allá. Un nombre imposible, una contratapa sin datos, salvo dos, muy es- cuetos: argentina y vivía en Buenos Aires. El libro era real.

Exaltados por la pasión que confiere un descubrimiento, lo elogiaron, lo recomenda- ron, y una carta de Mauricio a Buenos Aires (la editorial les dio una dirección) tuvo res- puesta:

"Me gustaría tanto conocerlos, pero via- jar es imposible."

Tres meses después, la Extranjera llegaba a Barcelona. Isabel miró la sirenita de Sit- ges, miró a siete días atrás, y tuvo que reírse y toser (eran las once y media ya, Juan no llegaba, para qué si había otra noche, otros juegos más allá del vidrio del balcón, del ta- blero de ajedrez, del silbido histérico de la pava) hasta que le saltaron las lágrimas. Ine- vitablemente, con imperdonable candor, la habían imaginado por el libro.

Recordó la escena de muda comicidad en el vestíbulo del hotel cuando se presentaron los exploradores y su hallazgo. De la lectura de aquel texto, Mauricio e Isabel creían ha- ber recogido una enigmática, pulida estatui- lla de las Cícladas. Pero la verdadera auto- ra tenía la forma de una grosera cerámica de Sitges. Baja, redondita, tostada (era verano en la Argentina) puro color de actividad al aire libre y con esa ropa de señora, labios pintados decorosamente, una voz aguda, unos ojos que se comían todo (Mauricio y yo, pensó Isabel entonces, alimento de su cu- riosidad bastarda) y una avidez de turista fla- mante que se saca a pasear. Estuvieron a punto de abandonarla ahí mismo.

En dos minutos sabían todo de ella. Tem- blando adivinaron las fotos de familia (y por supuesto las mostró), un álbum de fruslería doméstica que trajo del infierno y abrió so- bre el primer café. Marido, hijos, padres, tías, no faltaba ni el gato. Del libro, ay, só- lo dijo que estaba escribiendo otro. No co- nocía a nadie que ellos conocieran. A nadie en Barcelona, a nadie en Buenos Aires. Na- die la conocía tampoco, subrayó, con mis- teriosa suficiencia. Pero agradeció amable- mente que ellos la conocieran.

Le encantó el Barrio Gótico y caminaba boquiabierta, devorando calles, fachadas, monumentos. Al cabo de un paseo agotador, se enteraron, furiosos, atónitos, de que era la cuarta o quinta vez que visitaba Barcelo- na, Barrio Gótico incluido. Sacó fotos, com- pró *souvenirs*, cositas para los chicos y el ma- rido del álbum. Isabel y Mauricio no sucum- bieron a la desilusión porque no eran ilusos, pero vadearon el día agarrándose al libro co- mo náufragos. El segundo tuvo algo de pla- ya o de puerto: el idioma común, libros leí- dos a los dos lados del océano (diez años de orillas enfrentadas), por fin del diálogo de voces humanas sobre la condición humana, alta sobre un murmullo de traiciones confu- sas. Sólo de tanto en tanto, una luz fantas- mal, un relámpago ceniciento y mudo, cru- zaba la patria compartida.

¡Diez años! murmuró Isabel, encogida frente al tablero de ajedrez donde la sirenita catalana reemplazaba un alfil, y yo le cuen- to la historia del balcón, a ella, esa extran- jera con su álbum de familia y su ceguera de diez años, a esa garganta que no sabe de gri- tos trato de describirle un grito, y ella va y me pregunta *¿Qué gritaste?* Yo debí pregun- tarle: *¿Qué gritaste vos que estabas ahí, vos y tus diez años del otro lado del balcón, vos y tu aire de salud y de contento, vos y ese hambre de vida que traés de la muerte, vos y tu familia monstruosamente intacta?*

—Extranjera. Te merecés el nombre — dijo Isabel poniéndose de pie, tosiendo ahora convulsivamente.

Levantó el tubo del teléfono. Eran las do- ce. Imaginó a la esposa catalana diciendo con voz adormecida: "Mauricio, es Isabel". Y colgó. Por Dios. No tenía derecho. No. No se dejaría corromper por el veneno infame de diez años de exilio. No ella. No Isabel. Estaba el libro de por medio y había otras lealtades. Entonces, con violencia, arrojó la cerámica al piso y devolvió al tablero su alfil.

—Harta —dijo a la pieza vacía y profu- samente amueblada—. Estoy harta.

¿Harta de qué? se preguntó, mientras to- sía apenas, extenuada por una fatiga que le cortaba el aire, que demoraba su paso hacia el balcón. Apoyó la frente contra el vidrio y la helada dureza en la piel ardiendo la des- pejó. Abrió los ojos (no recordaba haberlos cerrado) y la vio entonces, por primera vez. *La Extranjera.*

La vio tan clara, reclinada sobre el para- peto del balcón, de espaldas a Isabel, sola como ella y esperando, sola en busca de un grito, que estuvo a punto de extender la ma- no para tocarla a través del cristal. No lla- maría a Mauricio, no había necesidad de contarle, tampoco de explicar lo que ocurría. A esta altura, Mauricio ya sabía, él también se asomaba a un foso de diez años.

—Diez años —susurró Isabel— diez años son la vida entera cuando se pasa en un bal- cón.

—Diez años —asintió la Extranjera— te convierten en otra, te dan esa voracidad por las minucias cotidianas, ese hambre de mos- trar los cuerpos de tus seres queridos, esa fal- sa inocencia por angustia de la inocencia irre- mediablemente perdida, ese aire grotesco y provinciano.

—O te dan —le replicó Israel mirándola a través de la bruma de lágrimas— una fal- ta de aire, unas ganas de salir como sea, a tender la ropa digamos, en pleno marzo y más de medianoche.

La pava siseaba moribunda cuando Isa- bel empujó la puerta y el viento la golpeó.

—Hermana —dijo al silencio de Barcelo- na que dormía, al páramo de balcones anó- nimos.

El clac de la puerta cerrándose tras ella la alcanzó desde lejos, atenuado por la distan- cia que debió recorrer, la inmensa llanura de cansancio donde se había extraviado una mu- jer con el abrigo puesto, sudorosa, tosiendo y asombrada de encontrarse ahí, ya sentada en el duro piso de baldosas, prendiendo un cigarrillo, contando años en la oscuridad, es- perando, terca, obstinada y extranjera como la cerámica de una sirena en Sitges, que al- guien la devolviera al mar, que alguien le tra- jera la llave.

Naturalmente, no gritó.

VERANO BONAERENSE

Mar del Plata

VILLA VICTORIA OCAMPO. Matheu 1851.
• **Cine en el parque**, todos los martes y miércoles de febrero, a las 22.30 hs. Organiza Fundación Cultura Cine Arte Mar del Plata con el auspicio de **Página/12**. Pantalla gigante.
EXPOSICION DE AUTOS Y MOTOS ANTIGUAS, hasta el 17 de febrero de 16 a 20 hs. Con la colaboración del Club de Autos de Colección y Motos Antiguas de Mar del Plata. Lamadrid 3870.
CICLO DE VERANO EN LAS PLAYAS. Juegos recreativos y espectáculos. Rotativamente en La Perla, Playa Grande y Constitución. Viernes, sábados y domingos a partir de las 15 hs.
CICLO MUSICAL. Todos los viernes a las 22 hs. con la participación de artistas de renombre nacional.
LA ULTIMA NOCHE QUE PASE CONTIGO. Sábados, domingos y lunes a las 23 hs. Música caribeña de las décadas del '40 y '50.
ARCHIVO MUSEO HISTORICO MUNICIPAL. Villa Ing. Emilio Mitre. Lamadrid 3870.
• Muestra permanente **Momentos Históricos**, se desarrolla en las salas de P.B. de la Villa.
• **El ayer y el hoy Marplatense.** Con imágenes comparativas de la transformación urbana arquitectónica
MUSEO MUNICIPAL DE CIENCIAS NATURALES LORENZO SCAGLIA. Av. Libertador 3099.
• **El Museo en acción.** Diariamente de 10 a 12 y de 17 a 22 hs.
• Muestra de las principales actividades marítimas que tienen asiento en Mar del Plata.

TEATROS

ALBERDI. J.B. Alberdi 2453.
De martes a domingos a las 22 hs.: Lorenzo y Carlos Spadone presentan a **Hugo Varela** en **De Pe a Pa** y el éxito continúa.
ATLAS. Luro y Corrientes.
De martes a domingos 21.30 y 23.15 hs. Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán, Graciela Dufau en **Brujas**, de Santiago Moncada. Dir.: Luis Agustoni.
BIBLIOTECA. Catamarca y 25 de Mayo.
• Sala A: **Crimen en la mansión encantada**, espectáculo reidero para toda la familia. Con Elisa Marval y José María Guimet. Jueves a domingos a las 22.15 hs. Todos los martes (excepto 22) Luis Caro en **Murga de los crotos.**
• Sala B: Jueves a domingos a las 22.15 hs.: **Pasado pisado**. Humor para olvidadizos de Marcelo Marán con Patricia Canale, Cecilia Martin, Jorge Frontera. Dir.: Enrique Baigol.
C.C.L.T. Colón 2052.
Lo mejor del Teatro Independiente. A las 22.30 hs., lunes y martes, J. M. Rapacciolli presenta: **Prévert, más que palabras**. Miércoles y jueves, Sergio Paris y J. Rivera Wollands en: **Humorbozo**, para reírse hasta la muerte. Viernes, sábados y domingos, Grupo Los Trascendentales presenta: **Merde, el último comediante.**
CENTRO MEDICO. San Luis 1974. A las 22.30 hs. Lunes, miércoles, viernes y domingos. Estreno absoluto de: **Proceso de familia**, de Diego Fabbri. Una obra que no puede dejar de ver. Dir.: Francisco Rinaldi. Martes, jueves y sábados: **La ratonera**, de A. Christie en sus 11 años.
CORRIENTES 1. Corrientes 1766. Diariamente 22.30 hs. Fernando Lúpiz, César Pierry, Judith Gabbani, Pablo Codevila, Liliana Bernard, Adriana Basualdo y Lucrecia Capello en: **Mentiro...S.O.S.** Dir.: Claudio García Satur.
CORRIENTES 2. Corrientes 1766. Diariamente 22 hs.: Betiana Blum, Arturo Bonín en: **Love Letters** (Cartas de amor), de A. R. Gurney, versión Fernando Masllorens y Federico González del Pino. Dir.: Oscar Barney Finn.
DE LAS ESTRELLAS. Colón y la Costa.
De miércoles a lunes 22.30 hs. Sábados 21.30 y 23 hs. Gustavo Rozas presenta a Roberto Antier, Cecilia Etchegaray, José M. Monje, Ricardo Sbaraglia, Adrián Suar y Diego Torres en: **Pájaros in the nait**, de Korovsky-Hermida. Dir. gral.: Ricardo Darín.
ENCUENTROS. San Luis 2069.
Presenta Compañía de Teatro Colonial de Bs. As. en: **De cómo reírse en serio.** Con Ivana Molinari y Adrián Di Stéfano (Dir. Gral.) Miércoles y sábados a las 22 hs. Apta para todo público.
FEELING... OF THE NIGTH. Santiago del Estero 2265.
Todos los días a las 22.30 hs.: El show más espectacular para la mujer. Ahora el éxito de Bs. A's. está en Mar del Plata: **Hombres sensuales en un verano caliente**, con la conducción de Sergio Devitte y la coreografía de Darío Martínez.
INDEPENDENCIA. Independencia 1462.
Presenta Compañía del Teatro Colonial de Bs. As. en: **Zarzuelas** (3ª temporada con nuevo programa). Auspicia embajada de España. Fragmentos de **La verbena de la paloma, La gran vía**, etc. Gran elenco. Dir. musical: F. Galvé. Diariamente a las 21.30 y 23.15 hs.

LIDO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 22 hs. Lorenzo y Carlos Spadone presentan: **Extraña pareja** (versión femenina), de Neil Simon, con Soledad Silveyra, Ana María Picchio, Perla Caron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julian Howard y Roberto Caterineu.
NEPTUNO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 21.30 y 23.45 hs.: **Midachi** presenta su nuevo espectáculo: **Volumen III.** Para todo público. Lunes a las 22.30 hs.: **Luis Aguilé**, con su espectáculo **Música feliz.**
NOTARIADO. Colón e Independencia.
Alba Castellanos en: **El poeta y la Luna**, con Mayte Caparrós y Osvaldo Albornoz. Martes y jueves: 22.30. De viernes a lunes a las 22.30 hs.: **Mugres tempestuosas**, de la Fábrica Marplatense de Comedias
ODEON. Entre Ríos 1828.
"Divertidísima". Mercedes Carreras, Beatriz Taibo, Mario Sapag en: **La cigüeña dijo sí**, con Victoria Carreras, Gabriel Lenn y la actuación estelar de Francisco Llanos. Autor Carlos Llopis. Dir.: Enrique Carreras. Miércoles, jueves y viernes a las 22 hs. Martes, sábados y domingos a las 21 y 23 hs. Apto para todo público.
PLAZA. Rivadavia 2332.
De martes a domingos a las 23 hs. Lunes a las 22.30 hs. Unico espectáculo internacional: **Pavlovsky**, con Angel Pavlovsky.
PROVINCIAL. B. Marítimo 2300. E.Estevánez presenta a Carlos Calvo, Enzo Viena, Cris Morena, Pablo Rago, Mabel Landó, O. Echegoyen en: **Mi familia**, de Neil Simon. Dir. gral.: Carlos Olivieri. De martes a domingos a las 21.30 y 23.30 hs.
RE FA SI 1. Luro 2332.
De martes a domingos a las 22 hs. Grupo La Banana Loca, presenta el show cómico musical: **Humor... con humor se paga.** Apto todo público. Lunes a las 22 hs. Grupo Los Fiambres presenta: **Fiambres en las góndolas.** Musical con espinas. Apto todo público.
Viernes sábados y domingos a las 0.15 h. Miguel Angel Vaccaro presenta a Daniel Aráoz y el Turco Salomón en: **Dos ladrones en contramano.**
REGINA. San Martín 2426.
De martes a domingos a las 21.30 y 23.30 hs.: Darío Vittori, Beatriz Salomón y elenco en: **Noche de gatos.**
SANTA FE. Santa Fe 1854.
Claudio García Satur y Patricia Palmer en: **De mil amores**, con Alfredo Zemma. Apto todo público. Martes, miércoles, jueves y domingos a las 22 hs. Viernes y sábados a las 22 y 23.30
TEATRO MARPLATENSE LA GRANA. Av. Colón y Guido.
Presenta: **Una libra de carne**, de Agustín Cuzzani. Dir.: Roque Basualdo. Elenco: Hugo Cogan, Claudio Acuña, Víctor Iturralde, Juan José Luques, Jorge García, Jorge Ramírez Jar, Mario González y Claudio Basualdo. Viernes a domingos 22 hs.
TRONADOR. Santiago del Estero 1746.
Presenta: **Rumores**, de Neil Simon, con M. Busnelli, J. Leyrado, M. Valenzuela, R. Darín, J. L. Mazza, R. Randón, A. Maly, A. Salgueiro, R. Flore, A. Majluf. Dir.: Ricardo Darín. Martes a domingos a las 22 hs. Sábados: 21.30 y 23.30 hs.
TEATRO PLAZA. Rivadavia 2332.
A las 23.30 hs.: **Cachondeo nocturno.** Un show de humor distinto. De E. Segalini, actor, mimo, clown (ex Botton Tap) y elenco. Canta Silvina Camara.

VARIEDADES

BAILABLE SOCIAL RIVADAVIA. Entre Ríos 1864.
Discoteca exclusiva para mayores de 25 años. Venga a bailar con todo ritmo de la noche. Tango, jazz, tropical. "Carnaval Carioca". Abierto todos los días desde las 22 hs.
FERROSHOW. Teatro Circular del CEF N° 1.
Una monumental maqueta de 260 m2 surcada por infinidad de trenes y locomotoras de todas las épocas, en réplicas exactas a escala 1:87. Todos los días: 20.30 y 22.30 hs. (con mal tiempo, también a las 18.30 hs.) niños gratis.

CIRCOS

ESTRELLAS DE MOSCU. Super Domo. J. B. Justo y Edison.
Artistas egresados del Instituto de Arte Circense de Moscú, diariamente a las 22 hs. Sábados 20 y 22 hs. Días lluv. 16 hs.
CIRCO ORLANDO ORFEI. Puerto.
Todos los días a las 19.30 y 22.30 hs.
RODAS. Puerto.
Diariamente funciones a las 20 y 22.30. Días nublados a las 16 hs.
ORLANDO TERRY. J. B. Justo 300.
Diariamente funciones a las 20 y 22.30 hs. Días nublados a las 17 hs.

Necochea

TEATROS

DE LA ESQUINA. Av. 73.
Show Mágico: Jorge Guillermoni. Martes a domingos a las 23 hs.
DE LA PEATONAL. Calle 83 e/2 y 4
Anclado en Madrid, de Roberto Ibáñez, con R. Carnaghi y H. Grosso. Dir.: V. Cosse. Martes a domingos 23 hs.
PLAZA. Calle 85 y Bis.
Modelos de madres para recortar y armar. Por Grupo Candilejas. Jueves a domingos a las 22.30 hs.
Inodoro Pereyra "El Renegau", por el Grupo de Acción de Rosario. Jueves a domingos 24 hs.
TEATRO MUNICIPAL. Calle 54 N° 3076.
Presenta el unipersonal de **Danilo Devizia.** Viernes a domingos 22 hs.

Villa Gesell

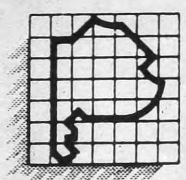
MUSIC HALL

BEL-MOTEL. Alameda 206 y Calle 303.
Viernes, sábados y domingos: **César Isella y Grupo Cantoral.** Jueves y sábados: **Carlos Barocela.**
POUR L'ETE. Avenida 3 y Paseo 124.
Café Concert. Todas las noches show musical con distintas figuras. **Willy Toledo, Bocha Retegui, Walter Acosta.**
POLIDEPORTIVO MUNICIPAL. Paseo 110 e/Boulevard y Av. 10
Portal, rey de los monos. Una propuesta de Raúl Portal para todos los pequeños. Todos los días de 18 a 24 hs. Días lluviosos de 16 a 24 hs.
CASA DE LA CULTURA. Avenida N° 3 entre Paseos 108 y 109. Lunes y martes a las 23 hs.: **La señora Klein.** Con Mabel Manzotti. Miércoles y sábados: **Inodoro Pereyra**, Rudy Chernicoff.
Jueves Comedia Municipal de Villa Gesell con **Balada para un asesino.** Viernes y domingos **Reunión cumbre**, con Jorge Butron.

TANDIL Y BARADERO

VIII ENCUENTRO NACIONAL FOLKLORICO DE LA SIERRA
Viernes 8: León Gieco y el grupo Markama
Sábado 9: Conduce: Marcelo Simón Organiza peña El cielito de Tandil

VI Festival de Baradero
Viernes 8: Jaime Torres, Horacio Guaraní, Enrique Llopis, Grupo Alquimia, Los nocheros, Ballet Facón y Danza, Los gauchos de Orán, Chango Funes, entre otros.
Sábado 9: Juan Carlos Baglietto, Los hermanos Cuesta, Suna Rocha, Claudia Mores, Rolando Luque, entre otros.
Domingo 10: León Gieco, Peteco Carabajal, Hamlet Lima Quintana, La Chacarerata Santiagueña, Néstor Fabián, entre otros.



GOBIERNO DEL PUEBLO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES
Subsecretaría de Cultura